
ELOGIO DE JAIME VELEZ SAENZ

Rubén Sierra Mejía

No podía declinar la gentil invitación que me hizo la Universidad de Caldas a hablar en su nombre en este acto en que se le otorga el título de *doctor honoris causa* en filosofía al profesor Jaime Vélez Sáenz. Puedo decir que dos obligaciones de gratitud se conjugaron para inclinarme a aceptar sin vacilaciones la tarea que se me ha encomendado. Debo a la persona a quien hoy se le rinde homenaje el reconocimiento por las muchas enseñanzas que de él he recibido. Pero, también, no podía olvidar que fue en estas aulas donde inicié mi carrera académica, hace ya más de 20 años. La generosidad de la Universidad de Caldas, que me llamó a impartir lecciones de filosofía a sus estudiantes, y la tolerancia de éstos, que aceptaron con paciencia mi poca preparación intelectual y mi impericia pedagógica, son actitudes que siempre han estado en mis recuerdos. Mis conocimientos eran vacilantes y, sobre todo, los temas de que me ocupaba en mis cursos aún no eran obsesiones que me impulsaran a un tratamiento personal y creativo. Fueron años de aprendizaje en los que mis alumnos de entonces contribuyeron a que mi formación filosófica y en general intelectual lograra superar la fase de mero lector apresurado de textos clásicos y manuales universitarios. Fue también la Universidad de Caldas donde inicié mis tanteos de escritor de temas filosóficos. Aquí escribí mi primer artículo, que después habría de recoger en un libro.

Vengo, pues, como un viejo alumno, a ofrecer en nombre de su *Alma mater*, el más alto título académico a uno de los maestros más sabios y más queridos de Colombia.

Conocí a Jaime Vélez Sáenz en 1960, cuando él regresaba de Francia después de una estancia de varios meses y yo adelantaba mis estudios de filosofía en la Universidad Nacional de Colombia. Ese mismo año tuve la fortuna de asistir a uno de sus cursos, y desde entonces no he dejado de ser su discípulo. No puedo olvidar a ese profesor que se paseaba en la tarima del aula hablando de los temas que había seleccionado para la ocasión. Todo había sido rigurosamente preparado. Sólo recurría a la lectura de un texto cuando necesitaba éste como ejemplo de alguna observación o como apoyo a una de sus exégesis. Era el tipo de clase magistral. Pero siempre estaba dispuesto a la discusión que alguno de sus alumnos quisiera promover o a la aclaración que fuese necesario introducir, pues en su actitud como maestro estaba ausente el menor atisbo de

intransigencia, de posición altanera. Buscaba ejercer la autoridad a través de la cordialidad, el argumento y la sapiencia, y no invocando una investidura.

Si en algún colombiano se encarnan admirablemente las virtudes del filósofo, es sin duda en Jaime Vélez Sáenz. Aunque posee una información envidiable de la historia del pensamiento, cuando tiene que enfrentarse a un problema filosófico no deja que sus conocimientos librescos se impongan en un tratamiento erudito. Ese problema puede perder su esencia si nos limitamos a contar las tentativas de sus soluciones. Es lo que habitualmente sucede en las investigaciones filosóficas, en especial en nuestro medio. No queremos negar su valor y utilidad. Sirven indudablemente para que esos problemas, convertidos en temas, se incorporen a una tradición cultural. Pero el asunto como tal, en tanto que filosófico, pierde la tensión natural que le es propia. Vélez Sáenz ha sabido, cuando ha hecho filosofía, mantener el equilibrio necesario entre el tratamiento del problema y la información que ha tenido que reunir para conducirlo a una solución aceptable.

En el trabajo filosófico hay algo esencial, y es saber preguntar. La pregunta filosófica es fundamentalmente inocente, se la formula sin malicia Y sin temor. Sin malicia porque no está hecha con el propósito de imponer puntos de vista u orientaciones, porque no está hecha en síntesis con intenciones doctrinarias. Y, sin temor, porque su formulación debe dejar correr el riesgo a que sufran menoscabo nuestras más profundas convicciones, a que se destruyan nuestros más queridos anhelos. Y no sólo las grandes preguntas metafísicas sino también aquellas que tienen el propósito de dar sentido a nuestra existencia. Tal vez en Occidente no ha habido un sabio más certero en la formulación de preguntas que Sócrates: interrogaba hasta la exasperación, como el niño ávido de saber. Ninguna respuesta le era satisfactoria porque todas engendraban más preguntas.

Quienes hemos participado en las periódicas reuniones organizadas por la Sociedad Colombiana de Filosofía sabemos cómo ejerce Vélez Sáenz el oficio de preguntar. La sinceridad y la certeza de sus preguntas abren siempre un horizonte insospechado de discusión. No busca como objetivo poner en apuros a alguien o llamar la atención sobre algún aspecto del problema que había quedado olvidado, teniendo la respuesta deseada a flor de labio, sino plantear un nuevo problema. Así ejerce su magisterio y así ha ampliado considerablemente su círculo de discípulos. Porque en las preguntas de Vélez Sáenz hay siempre una intención pedagógica, una invitación a pensar en grupo, a aunar fuerzas mentales para el tratamiento de un tema. Se busca la respuesta pero nunca es ésta lo esencial en filosofía. Hay quienes viven de respuestas que convierten en dogmas. Pero el filósofo vive de preguntas, y cuando llega a vislumbrar una solución procura problematizarla: de lo contrario existirá siempre la propensión a que el pensamiento se convierta en una sarta de sentencias. Ha sido este el destino de muchas escuelas filosóficas

cuando las teorías del maestro degeneran en impenetrables escudos en manos de sus discípulos.

La obra escrita de Vélez Sáenz es ciertamente corta pero densa. Y podríamos agregar: también tardía. Se dio el tiempo necesario para escribir esos diez o doce ensayos que conformarán el volumen que está próximo a salir editado. Digo que también es una obra tardía porque sólo cuando logró liberarse de sus obligaciones como profesor universitario, empezó a atender su impulso interior de escribir. Muy pocos de esos artículos fueron escritos antes, en épocas en que la atención a sus cursos le ocupaban todas sus horas. Pero esos ensayos son obra de un maestro, riguroso hasta la crueldad en el manejo de la información y en el desarrollo argumentativo; riguroso también en la utilización del lenguaje. En la precisión del término, en la claridad de la frase, sobresale en un medio, como la comunidad de filósofos colombianos, en el que se cree que la filosofía es una disciplina a la que se le ha concedido el derecho a violar toda norma de claridad y buen decir. A esas jerigonzas que pretenden imponerse como lenguajes rigurosos, pero que no son más que oscuros y postizos, Vélez Sáenz responde con unas finas maneras gramaticales de precisión, sencillez y elegancia.

No es esta la única cualidad, a mi modo de ver envidiable, que lo distingue entre sus colegas del país. Ha habido en Colombia, en los últimos años, la tendencia a una asfixiante especialización excluyente. Quien es fenomenólogo o marxista siente la piadosa obligación de ignorar la filosofía analítica, demos por caso, y de hacerle todos los exorcismos que se le permita ejecutar. Es sólo un ejemplo que podría multiplicarse. La especialización es así una ignorancia de lo demás, pero en el fondo también un temor a perder la seguridad en nuestra propia y pobre sabiduría. Creo que esta tendencia se debe a que trabajamos con escuelas y no con problemas. Pero los problemas no tienen un punto privilegiado para observarlos, no hay un único horizonte visual para contemplarlos en toda su complejidad. De Vélez Sáenz me llama la atención que no ha permitido que lo encasillen en una determinada escuela. El libro que reúne sus ensayos mostrará la amplitud de intereses filosóficos y la libertad para apropiarse de los diferentes métodos.

En una ocasión, después de leer una ponencia en la que utilicé el aparato lógico de los analíticos para tratar de mostrar el sinsentido de la metafísica, me dijo Vélez Sáenz, comentando mis excesos críticos, que él, cada vez que leía un texto analítico como el que yo había leído, se convertía en un convencido partidario del pensamiento metafísico. Pero agregó: también me sucede, leyendo ciertas especulaciones metafísicas, que llegue a creer en la legitimidad del programa neopositivista de su destrucción. No era un mero reproche, aunque tenía mucho de esto. Era la observación del sabio maestro de que todo método, por más veraz que sea, pierde su credibilidad cuando se lo quiere llevar más allá del límite de sus posibilidades. Ni la especulación sin medida

ni el análisis sin matices nos permiten alcanzar el pensamiento filosófico creador. Creo haber aprendido la lección. Pero al margen de la parte anecdótica y personal de su juicio, me parece que lo que mejor define su obra filosófica es justamente la mesura, la ponderación de lo positivo de los métodos.

La formación filosófica la obtuvo Vélez Sáenz en Estados Unidos, en una época en que los filósofos colombianos todos tenían su atención puesta en Alemania. En Norteamérica aprendió el rigor lógico que ha caracterizado a los pueblos de lengua inglesa. Pero nunca limitó su tarea filosófica a simple análisis lógico. Por el contrario, han sido los problemas heredados de la más pura tradición filosófica europea los que le han preocupado. Se han conjugado en él entonces dos corrientes –la analítica y la especulativa–, que ha sabido conciliar admirablemente. Por eso no podemos decir que Vélez Sáenz pertenezca a ninguna escuela. Pero si vamos a hablar de la filosofía analítica en Colombia, no podríamos hacerlo sin mencionar su nombre. Como tampoco sería posible dejar de aludir a él si nuestro propósito fuese el estudio de la recepción colombiana de algunas corrientes de filosofía alemana del siglo XX.

La Universidad de Caldas entrega al profesor Vélez Sáenz el título de *doctor honoris causa* en filosofía. Pocas veces en el país se había otorgado con más acierto esta distinción a un académico colombiano. Creo expresar el sentimiento de la comunidad de filósofos de Colombia si termino diciendo que este homenaje que hoy se le rinde al querido y sabio profesor nos llena a todos de alegría y satisfacción. Porque Jaime Vélez Sáenz no ha sido para nosotros sólo un colega: ha sido ante todo un maestro y un amigo.